

Unidad 1.

El libro y las bibliotecas en el renacimiento europeo.

Escolar Sobrino, Hipólito. Renacimiento. Pp. 221-252. En: Historia universal del libro. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruiperez, 1993.

10.

Renacimiento

Las bibliotecas italianas

En el siglo XV se extiende por Europa un movimiento cultural de gran importancia, el Renacimiento, surgido en Italia en la centuria anterior y llamado así porque parecía que, después de los siglos oscuros medievales, la cultura greco-latina había resucitado. Coincidió con una intensa vida urbana que permitió un gran desarrollo de las letras y del libro. Si por un lado el interés de los renacentistas se centró en mejorar su conocimiento de la Antigüedad clásica y consiguientemente de la lengua latina y posteriormente de la griega, por otro, adquirieron una gran lozanía las literaturas que se expresaban en las lenguas vernáculos, cuyos mensajes llegaban a mucha más gente, a los que eran capaces de leer y escribir en su lengua o en alguna otra vecina, pero desconocían las clásicas.

Por ello algún escritor recomendaba las obras en lengua *volgare* como apropiadas para ser leídas a mujeres y niños en un largo atardecer de invierno; sin embargo, no merecían el honor de figurar en la biblioteca de un *litteratus*.

Es además el momento dorado de las bibliotecas privadas, para uso de su dueño y de algunos amigos, puesto que una buena colección de libros es el signo más conspicuo de la importancia cultural o, si se quiere, de la modernidad de su propietario. No se trata ahora de reunir simplemente libros de interés por su contenido o por la doctrina del autor. Se trata de bibliotecas de bibliófilos que se sienten inclinados por ejemplares con características especiales.

La bibliofilia tiene una doble dirección. Por un lado, se orienta a los manuscritos bella y ricamente presentados, en una vitela fina, grata al tacto y flexible, con una cuidadosa caligrafía, con ilustraciones abundantes hechas por grandes artistas, en las que no faltan los escudos y armas de los dueños, que también se grababan en las nobles encuadernaciones. Son una muestra del buen gusto y de la riqueza de los que los encargan, así como un signo de distinción social.

Otros bibliófilos se afanan en el descubrimiento, captura y copia de textos desconocidos o difíciles de encontrar de escritores clásicos latinos y griegos. Sin embargo, las dos tendencias pueden darse en la misma persona, aunque una de ellas sea predominante.

El adelantado de todos estos bibliófilos fue el poeta Petrarca (1304-1374), que en las catedrales y viejos monasterios de Italia, Francia y Bélgica encontró y copió manuscritos de obras antiguas, y encargó, además, a personas competentes que hicieran esta tarea para él. En una de sus cartas declara a un amigo su amor por los libros:

«Aún soy esclavo de un insaciable deseo que hasta ahora no he podido ni querido reprimir. Todos los libros que consigo me parecen pocos. Puede ser que tenga más de los que necesito, pero sucede con los libros que el éxito de nuevas adquisiciones espolea el deseo de adquirir más y más. Los libros poseen un encanto especial. Nos deleitan, conversan con nosotros, nos dan buen consejo y viven e intiman en nuestra compañía. Además, un libro no sólo se gana el afecto del lector, sino que, al mencionar los nombres de otros libros, nos despierta el deseo de adquirir uno más.»

Reunió la biblioteca privada más importante de su tiempo, en la que junto a los escritores sagrados, como San Ambrosio, San Agustín y San Jerónimo, o representantes de la latinidad tardía, como Casiodoro y San Isidoro, figuraban obras de escritores clásicos, como Cicerón, Séneca, Livio, Salustio, Suetonio, Virgilio, Horacio, Lucano, Ovidio y Juvenal.

No sólo gustaba de los textos correctos, que él mismo procuraba anotar, sino de la bella presentación, que se refería tanto al tipo de letra como a las ilustraciones. Cedió en vida su biblioteca a la República veneciana, cuyo gobierno se compro-

metió a cuidarla y a acrecentarla. Al parecer, los libros estuvieron depositados en la iglesia de San Marcos y Petrarca permaneció cinco años en la ciudad. Mas, por circunstancias no muy claras, los libros se dispersaron a su muerte y hoy se encuentran en varias bibliotecas, como la Nacional francesa, la Vaticana y en otras italianas y de algún otro país europeo.

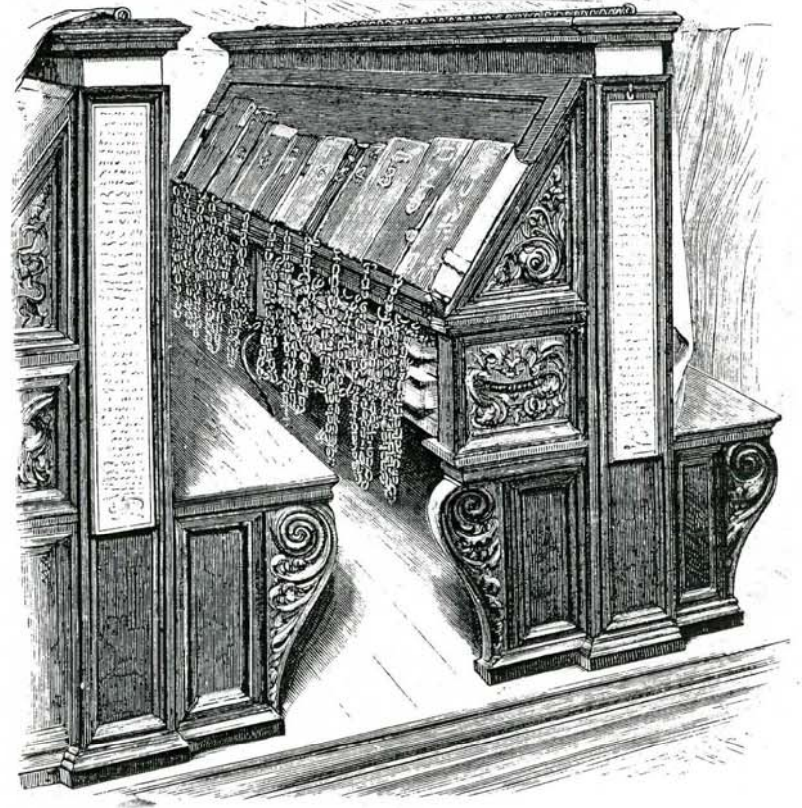
Su discípulo y admirador Boccaccio (1313-1375) descubrió en Montecasino, y de allí sustrajo, unos manuscritos con obras desconocidas de Tito Livio y de Varrón. Era tan grande su amor a los libros, que poseyó casi una veintena de códices griegos, sin conocer esta lengua, que había empezado a estudiar en su juventud sin éxito. Aunque no fue un gran bibliófilo, pues los libros le interesaban principalmente por la información que contenían, llegó a reunir una buena colección de algo más de un centenar de obras clásicas, algunas poco conocidas.

Una gran biblioteca, con cerca de un millar de volúmenes, formó Coluccio Salutati (1331-1406), canciller de Florencia durante muchos años. En cambio, apenas llegó a la centena la de Poggio Bracciolini (1380-1459), el más grande cazador de manuscritos antiguos, que rastreó las bibliotecas francesas, suizas y alemanas valiéndose de su condición de secretario pontificio. Pero la mayoría de las obras que copió en una nueva letra por él diseñada inspirada en la carolina, la humanística, fueron para sus patrones, especialmente los papas, pues trabajó muchos años como escribiente en la curia romana.

Florencia fue el foco más importante del Renacimiento porque en esta ciudad se dieron circunstancias favorables: la riqueza proporcionada por la industria y el desarrollo de las casas de banca favorecieron la construcción de edificios embellecidos con nobles mármoles y adornados con cuadros, objetos lujosos y bellos manuscritos. Entre las familias que hicieron poderosas esta riqueza y que mejor la utilizaron en fines artísticos, destaca la de los Medici. El jefe de la familia, Cosimo el Viejo (1389-1464), gran cacique de su ciudad, en la que mandó sin ejercer cargo alguno, tuvo como consejero para sus aficiones bibliográficas a Niccolò Niccoli, tan aficionado a las obras antiguas que llegó a reunir 800 volúmenes. La colección pasó a su muerte a Cosimo de Medici, que se hizo cargo de las deudas del humanista e instaló



Biblioteca Medicea Laurenziana, diseñada por Miguel Ángel.

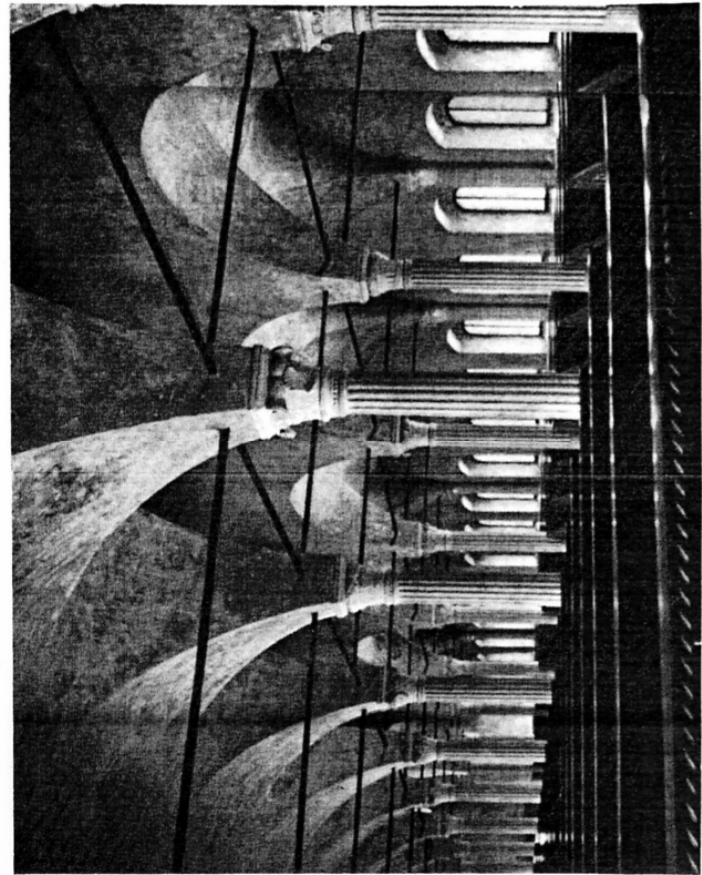


Pupitres de la Biblioteca Medicea, con los libros encadenados.

(1444) los libros en una sala, cuyo trazado había encargado a Michelozzo, en el convento de San Marcos, que, aunque fue destruida por un terremoto trece años después, fue reconstruida rápidamente. La sala tenía tres naves, separadas por dos filas de columnas, y en cada una de las naves laterales estaban los libros dispuestos en 32 estanterías, perpendiculares a las paredes laterales en cada una. Cosimo creó además, otras dos bibliotecas: la de San Jorge el Mayor en Venecia y la de la Abadía de Fiésolo.² Para esta última Vespasiano Bisticci, un famoso librero, consiguió copiar 200 manuscritos en 22 meses utilizando 45 copistas. Otro de sus asesores en la adquisición de libros fue Tommaso Parentucelli, también gran cazador de libros en monasterios, y que luego fue papa con el nombre de Nicolás V.

Sus hijos, Juan y Pedro, fueron grandes bibliófilos, como su nieto Lorenzo (1449-92), denominado el Magnífico, en tiempos del cual la biblioteca familiar, a la que se llama Medicea para distinguirla de la de San Marcos, alcanzó su esplendor. En cien años los Medici habían reunido códices latinos, como el uncial de Orosio, del siglo VI, y numerosos carolingios, gran cantidad de griegos y algunos hebreos y árabes. Todo ello lo puso generosamente Lorenzo, que recibió la biblioteca con 158 volúmenes y con él llegó al millar, al servicio de los estudiosos, a los que prestó libros con liberalidad. Entre los mayores beneficiarios estuvieron Angelo Poliziano, tutor de sus hijos, que le asesoró en sus compras, y Pico de la Mirandola.

Lorenzo murió en 1492 y dos años después los Medici fueron expulsados. En el asalto a su palacio se salvaron 1.019 volúmenes que fueron llevados a San Marcos. Un tercio fue vendido después a la familia Salviati y dos tercios al hijo de Lorenzo, Juan, que luego fue el papa León X. Su sobrino, el cardenal Julio de Medici, posteriormente el papa Clemente VII, devolvió los libros a Florencia y encargó a Miguel Ángel el trazado de una biblioteca como la de San Marcos, pero en el claustro de la Iglesia de San Lorenzo. Clemente VII murió antes de acabar su obra. Fue terminada por Cosimo I, Gran Duque de Toscana (1571), y se abrió al público con 300 manuscritos. Fue un monumento familiar. Su primer catálogo apareció en 1757 realizado por A. M. Bandini. A partir de este momento se añadieron piezas sobresalientes como el Codex Amiatinus (700), y las Pandectas (si-



Biblioteca de Cesena.

glo VI) Hasta la tercera década de este siglo los libros se mantuvieron encadenados en la sala.

Domenico Malatesta Novello fue señor de Cesena y fundó en esta ciudad una biblioteca, que se mantiene en su estructura original, entre 1447 y 1452, en el convento de San Francisco, donde existía un estudio general desde el siglo XIV. Consistía en una sala rectangular con dos filas de columnas iluminadas por un rosetón al fondo y ventanas laterales. Las armas de la familia aparecen en muchas obras y en los pupitres, en donde estaban los libros encadenados. A los 50 libros que poseían los frailes, Malatesta añadió nuevos, cuya confección encargó a copistas, iluminadores y encuadernadores: Padres de la Iglesia, clásicos, autores medievales, historia, cosmografía, ciencias. Todo en latín; nada en italiano. Compró códices griegos (14) y hebreos (7). A veces se copiaron fuera por imposibilidad de traer el libro en préstamo. En 1462, cuando murió Malatesta, había 200 libros y se deshizo el escritorio y encuadernación. Posteriormente, en 1474, hubo un legado de 80 manuscritos de Giovanni di Marco.

Es considerada la primera biblioteca pública de los tiempos modernos, aunque en el documento creacional se dice que los libros son para los hermanos. Malatesta encargó al municipio el cuidado de la Biblioteca junto con los frailes y quizá por el celo municipal y de los hermanos ha perdido pocos libros a lo largo de su historia, y eso que durante la invasión napoleónica el convento fue usado como cuartel. La Biblioteca, entre otras obras notables, posee un códice con textos de San Isidoro copiados en Verona en el siglo IX.

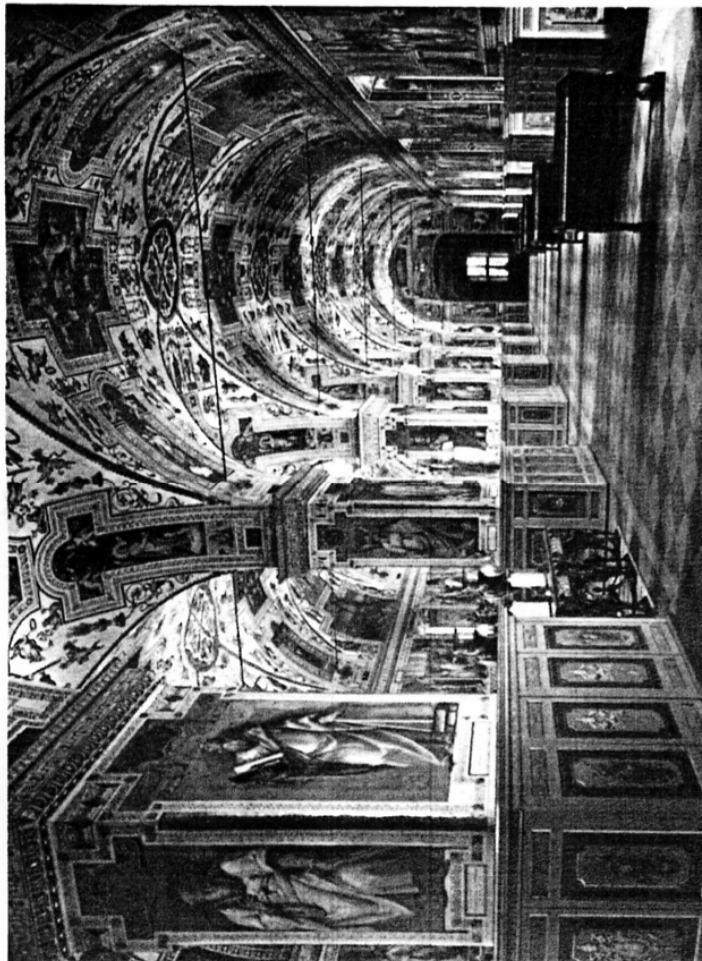
Un hermano de Domenico, Segismundo Panfoldo, creó una biblioteca similar en el convento de San Francisco en Rimini, de donde era soberano, pero tuvo corta duración, pues en el siglo XVII los franciscanos se deshicieron de los libros cuando precisaron el local donde estaba instalada la biblioteca.

Entre los grandes coleccionistas de obras griegas está el cardenal Bessarion, nacido en Trebisonda y educado en Constantinopla, que acudió al concilio de Ferrara-Florencia (1438), en el que se iba a tratar de la unión de las dos iglesias, como obispo de Nicea y representante de la griega. Gracias a él, se llegó a la fir-

ma de un documento de compromiso, que no agradó en Bizancio por lo que la mayor parte de la Iglesia griega se mantuvo separada de la romana. Como premio a sus servicios a la Iglesia romana, fue nombrado cardenal y estuvo a punto de ser papa. Traductor de la *Metafísica* de Aristóteles y propagandista de las ideas platónicas, escribió varios tratados sobre cuestiones religiosas. Se desenvolvió bien en el ambiente intelectual italiano y a su casa acudían los humanistas más famosos.

Después de la caída de Constantinopla intentó organizar una cruzada para recuperarla y, cuando perdió la esperanza de conseguirlo, se preocupó por salvar la cultura griega haciéndola rebrotar en Italia. En este sentido intentó elevar las condiciones de vida material y espiritual de los monasterios griegos del sur de la península. Pero su empeño mayor lo puso en reunir una gran colección de libros griegos (unos 500) para ponerla a disposición de los que emigraran a Italia, mediante su entrega a la ciudad de Venecia, puerto de entrada de los refugiados y donde muchos se quedaban, con la condición de que se estableciera una biblioteca pública, que recibió el nombre de San Marcos o Marciana.

El estudio del griego, desconocido en la Europa Occidental durante la Edad Media, lo habían intentado resucitar, sin mucho éxito, Petrarca y Boccaccio con monjes del sur de Italia como profesores, y se desarrolló cuando llegaron bizantinos que se ganaron la vida enseñando griego; pero no sin dificultades por falta de buenos textos y buenos profesores, aunque hubo alguno famoso como Manuel Chrisoloras. A pesar de todo, los manuscritos griegos fueron para muchos humanistas italianos tan atractivos como los viejos latinos buscados en los monasterios europeos. Uno de los primeros en viajar a Oriente en busca de manuscritos fue el helenista Guarino Veronese. Otros buscadores de manuscritos griegos fueron Giovanni Aurispa, que en 1423 regresó con 238 manuscritos, y Francesco Filelfo, que había ido a estudiar a Constantinopla y a su vuelta se trajo un buen número. Hubo también emigrados que se dedicaron a copiar manuscritos por lo que su número creció considerablemente sin que se llegara a saciar el apetito de los grandes coleccionistas, como Lorenzo de Medici, que envió a Janus Lascaris en 1492 a buscarlos y traerlos para su biblioteca.



Biblioteca Vaticana.

Los papas debieron de tener, desde los años iniciales del pontificado, una colección de libros a su disposición. Sin embargo, la primera noticia de una biblioteca vaticana se refiere a la que estaba instalada en el palacio de Letrán, en la propia residencia de los papas, que resultó muy útil a los asistentes al concilio que se celebró en Roma en el año 649. No faltan alusiones a esta biblioteca a lo largo de la Edad Media, pero los libros debieron de desaparecer o dispersarse cuando el papado se trasladó (siglo XIV) a Aviñón, en el sur de Francia, donde Juan XXII y Clemente VI reunieron una importante biblioteca con 2.400 volúmenes, que allí se quedaron cuando sus sucesores regresaron a Roma. Una parte de esta colección pasó al obispo de Toulouse, y de allí en 1680 a la biblioteca de los reyes de Francia. La otra pudo volver al Vaticano en 1891.

La Biblioteca actual es relativamente moderna, pues pocos libros entraron antes del siglo XV e incluso antes del XVI. El fundador de esta nueva biblioteca fue Nicolás V (1447-55), que previamente había sido, según hemos dicho, bibliotecario de Cosimo de Medici y uno de los famosos cazadores de manuscritos en monasterios de Lombardía y Emilia, primero, y luego en abadías alemanas. Al ascender al solio pontificio encontró un pequeño núcleo dejado por su antecesor, Eugenio IV, consistente en 340 libros, que él transformó en 1.200 añadiendo los suyos personales y enviando agentes a visitar centros religiosos en solicitud de donaciones de libros o, al menos, autorización para copiarlos. También ordenó que se tradujeran al latín obras griegas, tarea en la que intervino el bibliotecario Tortelli. Tanta era su pasión por los libros que no dudó en gastar en ellos los fondos del jubileo de 1450, lo que escandalizó a su sucesor, el español Calixto III.

Sixto IV (1471-84) fue otro gran favorecedor de la Biblioteca. Dispuso nuevos locales para ella y la abrió al público, aunque con los libros encadenados como era costumbre en aquellos tiempos. La dividió en cuatro secciones (latina, griega, secreta y privada) decoradas con pinturas murales y dotadas de calefacción, aunque sólo eran accesibles al público las dos primeras. Bartolomeo Platina, su famoso bibliotecario, contó con tres ayudantes y formó un catálogo de autores y otro de materias. Los manuscritos pasaron de 2.500 a 3.600 y no eran principalmente libros reli-

giosos. Entre ellos abundaban los autores clásicos y no faltaban las obras de carácter científico. Por su instalación, por su organización y por el valor de sus fondos llegó a ser la más grande de las bibliotecas renacentistas y sirvió de modelo a las que crearon en el siglo XVI Alberto de Baviera y Felipe II.)

La Biblioteca sufrió en el saqueo de Roma (1527), durante el cual los soldados de Carlos V cometieron innumerables tropelías. Después Sixto V (1585-90) construyó el gran vestíbulo diseñado por Domenico Fontana y decorado por Cesare Nebbia y Giovanni Guerra, y prohibió los préstamos. Paulo V la cerró, suprimiendo los puestos de lectura y no se volvió a abrir hasta 1890.) Durante este largo período sólo fue accesible a turistas ilustres a los que se mostraban algunas curiosidades.

En 1600 ingresó en la Vaticana la rica herencia de Fulvio Orsini, que había ofrecido su biblioteca cuando muriera a cambio de una pensión vitalicia. Contenía antiquísimos códices de Terencio y Virgilio en letras unciales y el *Codex Augusteus* (siglo IV) con texto de Virgilio. Pocos años después el papa Gregorio XV sugirió a Maximiliano de Baviera que le donara (1622) la biblioteca del elector palatino (3.500 manuscritos y 5.000 libros impresos), de la que se había apoderado al conquistar Heidelberg durante la Guerra de los Treinta Años. Parte de ellos (842 manuscritos alemanes y 42 latinos) fueron devueltos a principios del siglo XIX por Pío VII al duque de Baden.

En este mismo siglo XVII Paulo V consiguió que los monjes de Bobbio le donaran algunos manuscritos, como anteriormente habían hecho con el cardenal Borromeo para la Ambrosiana, y entre ellos vino un famoso palimpsesto que contenía el único texto conservado de *La República*, de Cicerón. Por compra de Alejandro VII ingresó la biblioteca de los duques de Urbino (1.900 manuscritos) y la *Reginense*, de la reina Cristina de Suecia, con más de 2.000 manuscritos, algunos de los cuales procedían de la Biblioteca Imperial de Praga, donde habían sido incautados por su padre el rey Gustavo Adolfo en la Guerra de los Treinta Años.

Durante la ocupación napoleónica la Biblioteca tuvo que pagar el tributo que los imperialistas franceses exigían a las grandes bibliotecas. Se llevaron a París algunos manuscritos valiosos, como el *Codex Vaticanus* con texto de Virgilio y el Terencio Bem-

bo-Orsini, aunque la mayoría fueron devueltos cuando Napoleón fue definitivamente derrotado.

A finales del siglo XIX León XIII permitió la consulta de la Biblioteca y archivos vaticanos a los estudiosos e instaló la actual sala de estudio con 60.000 obras de consulta, a la que acuden numerosos investigadores. La que se inició como una biblioteca renacentista, donde los libros tenían valor de joyas y prosiguió como instrumento al servicio de la religión contra la Reforma protestante, ha terminado siendo un centro de investigación religiosa, humanística e histórica. Muy importante fue la gestión como director de la biblioteca del benedictino español Anselmo María Albareda, que poco antes de morir (1965) recibió el capelo cardenalicio.

Contiene en la actualidad más de 700.000 obras impresas, entre ellas 7.000 incunables, y 60.000 manuscritos. Además de las piezas notables mencionadas merecen citarse el *Codex Vaticanus* (siglo IV) con texto bíblico, el *Virgilio Vaticano* (siglo IV) y el *Virgilio Romano* (siglo V), el más antiguo de los manuscritos ilustrados, los *Evangelios Vaticanos* (siglo VIII), etc.

La familia Este, duques de Ferrara, creó, a lo largo de los siglos XV y XVI una importante biblioteca, que sobrepasó los 500 volúmenes, formada por manuscritos muy bellos, entre los que figuraban algunas obras griegas que los duques habían hecho traducir al italiano. La biblioteca se inició en Ferrara y a finales del siglo XVI pasó a Módena, donde se encuentra en la actualidad. No tuvo la misma suerte una biblioteca similar, la formada por los Gonzaga en Mantua, que al iniciarse el siglo XV tenía ya casi 400 volúmenes, y que fue incrementada posteriormente. Pero al extinguirse la casa ducal al inicio del siglo XVIII, los libros fueron vendidos. Unos pasaron a la Marciana de Venecia, otros a la Bodleiana de Oxford y otros se dispersaron en varias bibliotecas.

La familia Visconti, primero, y Sforza, después, señores de Milán, formaron una de las bibliotecas más importantes de su tiempo en el castillo de Pavia, que en 1426 contaba con 988 volúmenes. En ella, como en las dos bibliotecas citadas anteriormente, había, junto a los códices en latín y en italiano, algunos en



Códice griego (*Ética a Nicómaco*, de Aristóteles) copiado e iluminado en el sur de Italia para el duque de Atri, de la familia de los reyes de Aragón, hacia el 1500.

francés, lo que muestra que la influencia de la cultura francesa en el siglo XIV fue grande en el norte de Italia. En cambio, eran relativamente pocos los códices griegos. La biblioteca fue llevada a Francia por Luis XII como botín de guerra a finales del siglo XV. Después de permanecer los libros algún tiempo en Bloise, pasaron a Fontainebleau y hoy están en la Nacional.

Un destino similar sufrió la biblioteca de los reyes de Nápoles, cuya importancia se debe al aragonés Alfonso V, llamado el Magnánimo por el mecenazgo que ejerció sobre notables humanistas, entre los que destaca Lorenzo Valla. Alfonso había conseguido el reino de Nápoles en 1435 a la muerte de la reina Juana. Tanto él como su hijo y sucesor, Fernando, dedicaron muchas personas a la copia, ilustración y encuadernación de sus manuscritos. La colección se incrementó también con los adquiridos por compras, muchas de las cuales se las hicieron al librero Bisticci, con los obsequios, especialmente de los autores, y con incautaciones, como las que hizo Fernando como castigo a los nobles que se conjuraron contra él.

La biblioteca aragonesa como la suelen denominar los italianos, además de los códices latinos, griegos, e italianos, normales en las bibliotecas italianas, abundaba en obras escritas en castellano.

Fue víctima de las vicisitudes que sobrevinieron al reino al finalizar el siglo XV. En 1495 Carlos VIII de Francia entró en Nápoles y se llevó a su país, junto con joyas y obras de arte, los libros que pudo encontrar, 1.140, entre impresos y manuscritos, que terminaron en la Biblioteca Nacional francesa, como otros que habían ido a parar a manos de algunos bibliófilos franceses.

Otra parte se llevó consigo Fernando de Aragón, hijo del último rey de la dinastía aragonesa, Fadrique III, y duque de Calabria, al que Fernando el Católico, que le había desposeído de la corona, le nombró virrey de Barcelona. Más tarde lo fue de Valencia, por designación de Carlos V, que le casó con la viuda de Rey Católico, Germana de Foix. El matrimonio, que presidió una corte con vida social y literaria muy activa, reconstruyó San Miguel de los Reyes, convento de los jerónimos, al que el duque legó, en 1550, su magnífica biblioteca.

Conocemos un inventario en el que se reseñan 795 obras,



El duque de Urbino, a la izquierda, sostiene en la mano un libro entregado quizá por el autor, a la derecha.

aunque al autor dice que los libros del duque, hombre culto y aficionado a la teología, sobrepasaban el millar, bastantes de los cuales, especialmente impresos, habían sido adquiridos por él. Algunos desaparecieron en el mismo siglo XVI, pero las mayores pérdidas se debieron a la desamortización del siglo XIX, antes de que pasaran a la Biblioteca Universitaria de Valencia, donde sólo ingresaron, según un inventario, 233. Otros hermosos códices de la biblioteca aragonesa, que había conseguido durante su estancia en Italia meridional Gonzalo Pérez, se conservan en la Biblioteca de El Escorial.

Dentro de los bibliófilos renacentistas que ponían su pasión fundamentalmente en la belleza de los manuscritos, ninguno superó a Federico de Montefeltro, duque de Urbino (1422-82), que construyó un espléndido castillo y en él instaló una lujosa biblioteca con bellísimos manuscritos, entre los que no quería que los hubiera escritos sobre papel ni obras impresas. No fue una persona muy culta y estaba interesado especialmente por los historiadores, filósofos y oradores latinos y griegos traducidos al latín. Se asesoró en su selección del varias veces citado librero Bisticci y puso al frente de la biblioteca y de los numerosos copistas e iluminadores que para él trabajaban a Federico Veterano, un buen copista. La colección, que en 1482 poseía 1.120 volúmenes, según inventario, a diferencia de otras, contaba con más obras de autores paganos que cristianos. Fue aumentada por los sucesores de Federico, especialmente por Francisco María II, a cuya muerte en 1631 los libros pasaron a la Vaticana.

En el siglo XV cambió notablemente la figura del bibliotecario, que ya no fue sólo un responsable de la conservación y reposición de los libros. Ahora los principes italianos nombran bibliotecario a una persona de gran formación intelectual, capaz de asesorarlos en las compras. A su cargo suelen estar los copistas, iluminadores y encuadernadores y una de sus misiones principales es garantizar la corrección de los textos. Por ello suelen estar pagados con generosidad.

Un tratadito titulado *Ordine ed Officci della Corte del Serenissimo sig. Duca d'Urbino*, que se encuentra en el códice Vaticano Urbinense lat. 1248, nos muestra las cualidades que allí se

exigían al bibliotecario y que no deben ser muy diferentes de las de otros bibliotecarios de estas colecciones privadas: «El bibliotecario debe ser docto, de buen aspecto, de buen natural, educado y de palabra buena y fácil; el cual debe tener el inventario de todos los libros y mantener éstos ordenados y en su sitio, tanto los latinos, como los griegos, como los hebreos o cualquier otro que hubiera, de suerte que se pueda encontrar pronto el que se quiera buscar; y ventilar los libros junto con la estancia y cuidar de que no esté húmeda y mantenerla libre de polilla, de insectos o gusanos y de cualquier otra cosa nociva, y de las manos de ineptos y de ignorantes; y mostrarlos él mismo con diligencia a las personas de autoridad y de saber, dándoles a entender de la mejor manera la prestancia, belleza y elegancia de los mismos y de sus caracteres y de sus miniaturas. Y hay que tener cuidado de que, al cerrarlos, no quede doblada alguna hoja y repasarlos a menudo; y cuando se muestren a persona ignorante que los quiere ver por simple curiosidad y no se trata de persona muy elevada, basta con una ojeada; asimismo tener buen cuidado, cuando falte una cerradura, de hacerla poner enseguida y lo mismo con cualquier otra falta; y no dejar sacar fuera de su lugar libro alguno, a menos que lo mande el señor. Y no se olvide de quedarse con el recibo de mano de aquel a quien se ha hecho el préstamo, etcétera...».

Las bibliotecas castellanas

Los reyes castellanos del siglo xv, especialmente Juan II y su hija Isabel la Católica, no fueron grandes bibliófilos ni dispusieron de una biblioteca, es decir, de una colección de libros debidamente instalada y organizada, pero, como habían recibido una buena educación, gustaron de la lectura y poseyeron bastantes libros, procedentes unos de sus antecesores en el trono y adquiridos otros por obsequios o presentes o porque los encargaron o compraron.

De Juan II dice Hernando del Pulgar que sabía hablar y entender el latín, que leía muy bien, que le agradaban mucho los libros y las historias y que oía con gran agrado los dichos rimados. Su

afición a la poesía le llevó a encargar a su escribano Juan Alonso de Baena la recopilación poética que lleva el nombre de éste, *Cancionero de Baena*, cuyo original perteneció a la Biblioteca de El Escorial y hoy está en la Nacional francesa, y que, con sus 600 composiciones de 56 autores, es una muestra muy representativa de la poesía, en general ingeniosa y frívola, que tanto debió de gustar en la corte, donde, entre otros poetas, brillaron el marqués de Santillana y Juan de Mena. A éste, que era secretario de cartas latinas, el rey le encargó una traducción resumida de la *Iliada*.

Reflejo de las aficiones literarias de la corte de Juan II fue la biblioteca de los condes de Benavente instalada en su castillo e iniciada, en la primera mitad del siglo xv, por el segundo conde don Rodrigo Alonso Pimentel, que sirvió a Juan II en diversas empresas militares y como embajador ante Carlos VI de Francia. Poco después de su muerte (1440) se redactó un catálogo con los libros que reunió el conde y con los que se añadieron después de su fallecimiento. El catálogo muestra sus gustos: crónicas españolas, manuales de ajedrez, de caza, de ganadería y de agricultura. Precisamente tres obras de esta última materia estaban escritas en caracteres hebreos y una de geometría en caracteres árabes; aunque quizá el texto estuviera en castellano. Abundaban los libros religiosos y no faltaban los de filosofía. Había traducciones de Séneca, de la *Guía de los Perplejos*, de Maimónides, una *Recebtas de Galieno que sacó en romances Rabi Yudá*, una traducción parcial del *Decameron*, la *Crónica Troyana*, etc. También *Blanquerna*, de Raimundo Lulio, y los *Proverbios Morales*, de Don Sem Tob.

Algunas de las obras de la biblioteca fueron copiadas por Manuel Rodríguez de Sevilla para lo cual el conde solicitó libros en préstamo, incluso del propio rey Juan II, claro que él también prestaba con generosidad sus libros. Pero, a pesar de estos préstamos, la biblioteca en el primer siglo de su existencia y en los siguientes, fue familiar y pocas fueron las personas que, aparte de los familiares y algunos amigos, tuvieron acceso a los libros.

De los del primer inventario 19 estaban escritos en pergamino y 121 en papel, en general ceutí o de Játiva, el de mejor calidad, aunque había algunos en papel toledano, no tan apreciado. La mayoría estaban encuadernados en piel de diferentes colores;

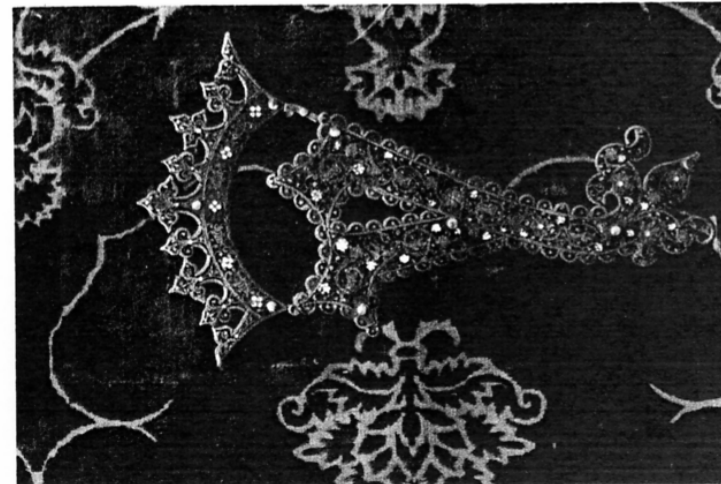
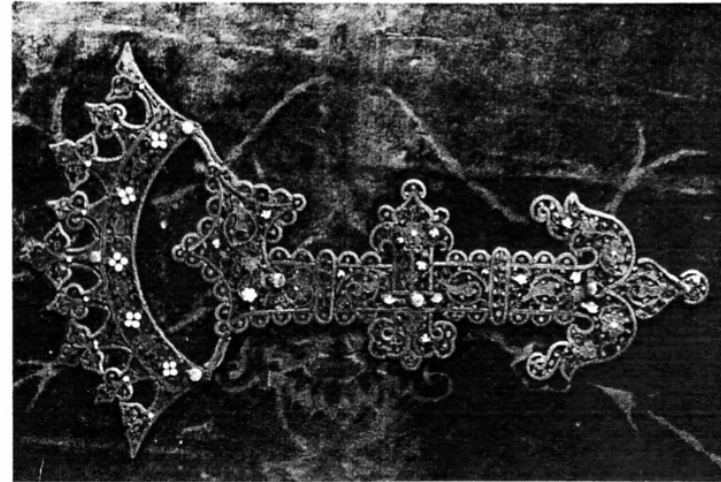
otros lo estaban en tela y dos en pergamino. Un tercio de las tapas eran de madera; el resto, de cartón. Algunas encuadernaciones tenían guarniciones y bollones de plata.

Tanto interés como su fundador pusieron en la biblioteca su hijo, Alonso, y su nieto Rodrigo, amigo de Gómez Manrique, Mosén Diego de Valera y Lucio Marineo Siculo. Pero con la muerte del sexto conde en 1575, pasó el interés por el crecimiento de la biblioteca, que en 1633 fue trasladada al palacio de los condes en Valladolid, donde unos años antes se había instalado otra gran biblioteca nobiliaria, la del conde de Gondomar. Los libros se enviaron en cuatro arcones y cuatro serones.]

Con este motivo se hizo un inventario que contiene 458 rúbricas, cifra que no se corresponde con el número de volúmenes por haber obras, por ejemplo, las de San Agustín, San Jerónimo y San Ambrosio, en varios tomos, ni con el de títulos, pues en algún volumen hay varias obras. Después los libros de la biblioteca se diseminaron en bibliotecas de familias nobles por motivos matrimoniales, como en la de Osuna, los más de ellos fueron vendidos en el siglo XIX y hoy forman parte de bibliotecas españolas y extranjeras.]

Los libros de Isabel la Católica debieron de sumar alrededor del millar, de los que Francisco Javier Sánchez Cantón llega a describir 393 utilizando cuatro inventarios parciales de diversas épocas y sumando los impresos dedicados a ella y los que llevan el escudo real. Debieron de estar repartidos por varios palacios (Segovia, Granada, Sevilla, Toledo, Arévalo, etc.), pero, con seguridad, otros viajarían en arcones acompañando a la reina en sus desplazamientos. Se mezclaban los escritos «de mano» o manuscritos, con los «de molde» o impresos, menos numerosos, pues, aunque cuando su reinado comenzó ya estaba establecida la imprenta en Castilla, sólo un porcentaje reducido de las obras manuscritas habían sido impresas. También abundaban más los que estaban escritos sobre papel que sobre pergamino.]

Era una colección fundamentalmente viva, donde se encontraban los libros que despertaban sus sentimientos de madre, como los cuadernos de estudio de sus hijos, con obras para el aprendizaje del latín. Había libros para la formación de príncipes, nobles y damas; obras de caza y juegos, y muy pocas de arte



Encuadernación del ejemplar de *Las Partidas* que perteneció a Isabel la Católica, con las iniciales en plata de los Reyes Católicos. Se conserva en la Biblioteca Nacional.

militar; clásicos en latín y traducidos al castellano; obras de distracción, que lo mismo podían ser cancioneros, que libros frívolos (como el *Ysopete* o el *Decameron*) o de caballerías; obras musicales y las más representativas de la literatura castellana, incluso algunos tratados científicos y libros en árabe.)

La parte más importante se dividía en tres grupos: obras de formación religiosa y espiritualidad (Sagradas Escrituras y comentarios a las mismas, Padres de la Iglesia, pensadores medievales y obras de ascetismo); libros jurídicos (*Las Partidas*, fueros, ordenanzas y privilegios), y crónicas, desde las obras de Alfonso X el Sabio a las más modernas.) Finalmente, consignemos una nota de humor, un volumen en forma de barril, a cuyo contenido hacía alusión el título consignado en el lomo: *Breviario sobre la sed*.

Una buena biblioteca debió de ser la de don Enrique de Villena (1384-1434), enigmático personaje descendiente de los reyes de Aragón y Castilla, ~~era~~ aficionado para sorpresa de sus contemporáneos, a las letras que a las armas, al cuidado de su honra o a la simple administración de sus bienes. Hombre de gran cultura, sabía, según Emilio Cotarelo, latín, italiano, francés, limosín, así como árabe, hebreo y griego. Su inagotable sed de conocimiento y su afición a las ciencias ocultas le valieron fama de brujo (incluso es protagonista de una famosa leyenda aprovechada por varios escritores castellanos) y Juan II ordenó que, a su muerte, sus libros fueran examinados por su confesor fray Lope de Barrientos, que ordenó la quema de algunos. Por ello, su amigo el gran poeta Juan de Mena, que en el *Laberinto* le llamó «onra de España é del siglo presente», dice del triste final de su biblioteca:

*Perdió los tus libros sin ser conocidos,
E como en exequias te fueron ya luego
Unos metidos al ávido fuego,
E otros sin orden no bien repartidos.*

También fue muy sentida su muerte por el marqués de Santillana, que le consideraba su maestro literario y le encargó la traducción de la *Divina Comedia* y de la *Eneida*. Le dedicó el poe-

ma «Defunssion de Don Enrique de Villena», en el que le califica de «Mayor de los sabios del tiempo presente».

No es posible saber cuántos volúmenes la constituían, ni sus títulos, aunque el mencionado Cotarelo ha intentado reconstruirla recogiendo las obras mencionadas en sus escritos, que corresponden a 146 autores. Éstos sólo pueden ser una parte de los representados en su biblioteca, pues en sus escritos no menciona, y, sin embargo, los tenía que conocer, a los escritores castellanos contemporáneos. Entre los autores citados los hay árabes y judíos, griegos, como Aristóteles, Jenofonte, Hipócrates, Platón y Homero; latinos, como Horacio, Virgilio, Persio, Catulo, Juvenal, Terencio, Suetonio, Cicerón, Séneca, Tito Livio y Plinio; Padres de la Iglesia, y escritores italianos, como Dante, Petrarca, Boccaccio y Guido de Colonna.)

Merece una atención especial la que formó el marqués de Santillana (1398-1458), que si fue famoso por sus intervenciones en política, lo es más aún por su actividad literaria. Nacido en una familia de la alta nobleza, muy rica y aficionada a las letras, el marqués gustó del trato con personas interesadas, como él, por el cultivo de las letras. Formó la colección de manuscritos más interesante en la España del siglo XV, pues, aunque heredó algunos libros de sus antepasados, entre los que hubo aficionados a la lectura, su biblioteca no se debió, como otras, a herencia u obsequios ocasionales, sino que los libros fueron encargados y adquiridos por él respondiendo a sus apetencias. Pero como, además, era rico y bibliófilo, sus manuscritos están bellamente caligrafiados e ilustrados sobre vitelas inmaculadas y cubiertos con encuadernaciones diseñadas para él, en las que campeaba su emblema, así como en la primera página sus armas, su yelmo y su divisa. Supo inculcar a sus hijos amor al libro y entre ellos y entre sus descendientes se cuentan notables bibliófilos, como ve-

remos. Emisarios suyos recorrieron Italia encargando copias de algunos libros, comprando otros de ocasión y adquiriendo, finalmente, otros para que fueran traducidos en su casa porque él no sabía latín. Entre los autores traducidos al castellano por encargo suyo están Platón, Virgilio, Ovidio, Dante y Homero. Las traducciones fueron hechas por su propio hijo, Pedro González de



El poderoso señor y gran poeta don Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana.

Mendoza, el futuro cardenal de Toledo, por Pedro Díaz de Toledo y por otras varias personas a su servicio. En la biblioteca figuraban, además, Tucídides, Aristóteles, Polibio, Eusebio de Cesarea, San Juan Crisóstomo, Cicerón, César, Salustio, Ovidio, Tivo Livio, Séneca, Lucano, Quintiliano, Plinio, Suetonio, San Ambrosio, San Agustín y Boecio, entre otros escritores de la Antigüedad. También estaban bien representados los autores medievales que escribieron en latín, español, francés e italiano, lenguas las dos últimas que el marqués dominaba: *Roman de La Rose*, *Libro de Alexandre*, *El Caballero Cifar*, las obras de Dante, Petrarca y Boccaccio, etc.

Su hijo Diego, primer duque del Infantado, cuidó la biblioteca heredada de su padre y la unió al título. A pesar de un gran incendio que en 1702 estalló en el palacio de Guadalajara, y donde se debieron de perder, entre otras muchas, las obras escritas por el marqués, parte de la colección sobrevivió unida hasta 1884, fecha en que fue adquirida por el Gobierno español al duque de Osuna. Los manuscritos y los impresos de los que no poseía ningún ejemplar la Biblioteca Nacional, pasaron a ésta. Los otros, se dispersaron en varias bibliotecas.

Contemporáneo del marqués fue el conde de Haro, don Pedro Fernández de Velasco (1399-1470), que también intervino activamente en las luchas políticas de los reinados de Juan II y Enrique IV, y que, cansado de ellas, se retiró en 1459 al hospital de la Veracruz de Medina de Pomar, que había fundado cuatro años antes para sustentar a doce hidalgos pobres. Se conserva un inventario de 1553 de los libros que constituían la biblioteca del hospital, dividido en tres secciones: Libros sagrados y eclesiásticos, con 86 volúmenes; historiadores, con 43, y crónicas, leyes y libros del reino, con 27. En total 156. Pero no todos fueron depositados por el fundador, pues entre ellos hay 13 impresos.

El cardenal Pedro González de Mendoza (1428-1495), hijo del marqués de Santillana y tan poderoso en tiempos de los Reyes Católicos que es conocido como el Gran Cardenal y fue llamado el tercer rey de España, llegó a constituir otra gran biblioteca privada, de la que podemos tener una cierta idea por el inventario que en 1523 se hizo de la biblioteca de su hijo, don

Rodrigo de Mendoza, marqués del Cenete, que ha sido estudiada por Francisco Javier Sánchez Cantón.

En el inventario figuran 632 volúmenes, entre los que abundan los libros sagrados (88), los de filosofía y moral (115) y los de derecho (22), que se avienen más con los gustos y necesidades del arzobispo de Toledo que con los de un inquieto caballero, ciertamente culto, pero más proclive a la vida activa que a la meditación y al estudio, como fue el primer marqués del Cenete.

También abundan los libros de erudición y literatura (más de 150) y los de historia (62) que tanto debieron de agradar a don Pedro, el cual, según un historiador, antes de acudir a la universidad de Salamanca, estudió retórica en Toledo y se hizo muy hábil en historia. Fruto de esta formación fueron las traducciones que por encargo de su padre realizó de Ovidio y de la *Eneida*, que, aun pecando de cierta literalidad, estaban en buen castellano. En la biblioteca se encontraban representados los grandes escritores de la Antigüedad, los italianos y algunos castellanos. Sorprende el número de obras de cosmografía (29) y especialmente el de las de medicina (96). Hay muchas (41) obras que se pueden agrupar bajo la rúbrica de ciencias y artes.

→ Las bibliotecas francesas

No faltaron entre los sucesores de San Luis amantes de los libros. Juan II el Bueno (1350-1364), buen aficionado a ellos, supo inculcar esta afición a sus hijos y hacerles grandes bibliófilos. Destacó Carlos V el Sabio (1364-1380), cuya biblioteca principal estuvo instalada en tres salas de una torre del Louvre. Para la copia de sus códices buscó los mejores calígrafos y gastó mucho dinero en ricas encuadernaciones adornadas con perlas y piedras preciosas engarzadas con oro y plata. Sin motivo suficiente se ha considerado que esta colección es el origen de la Biblioteca Nacional francesa, pues después de su muerte los libros se dispersaron.

El monarca encargó la traducción al francés de numerosas obras de autores modernos, como Petrarca, de Padres de la Iglesia, como San Agustín, o de filósofos de la Antigüedad, como Aristóteles. Los amigos y cortesanos, que conocían su

afición a los libros, le regalaron ejemplares valiosos. Igualmente a él le gustaba corresponder regalando a su vez libros.

Es frecuente en el libro medieval el hecho, cada vez más extendido, de regalar o presentar la obra a un mecenas, un rey o príncipe. La acción se representa en una ilustración inicial donde aparece el autor en el momento de la ofrenda. La ilustración terminó convirtiéndose en tópica y se prolongó en los libros impresos en los que la ofrenda es simbólica.

En contraste con las bibliotecas anteriores y contemporáneas, los libros en latín escaseaban. La colección, que no se parecía tampoco a la de las bibliotecas universitarias o monacales, estaba formada por las obras del agrado del monarca, que eran principalmente narrativas e históricas bellamente iluminadas. Fue su bibliotecario Gilles de Malet, que en 1373 realizó un catálogo.

Carlos VI (1380-1422) incrementó notablemente la colección de su padre, Carlos V, con más de 200 códices, más un centenar de manuscritos hebreos confiscados a las comunidades judías. Sin embargo, los libros no fueron guardados con celo, muchos salieron en préstamo y no volvieron y otros fueron regalados a amigos y príncipes extranjeros. Finalmente, la biblioteca, que contaba con 843 manuscritos, fue adquirida por el gobernador de París, entonces en poder de los ingleses, el duque de Bedford, Juan Plantagenet, que se la llevó primero a Rouen y después a Inglaterra. A su muerte esta rica biblioteca con más de 1.200 manuscritos quedó dispersada.

Se sintieron atraídos igualmente por los libros, y llegaron a poseer ricas bibliotecas de características similares a las del rey, los hermanos de Carlos V, los duques Felipe el Atrevido de Borgoña, Luis de Anjou, más tarde rey de Nápoles, y Juan de Berry. Este fue un bibliófilo de gusto exquisito para el que se hizo uno de los códices ilustrados más notables del final de la Edad Media, *Belles grandes heures de duc de Berry*. Los 400 volúmenes que llegó a reunir, entre los que abundaban biblias, salterios y libros de horas, se utilizaron para pagar sus deudas y se dispersaron.

Las colecciones mantenían un equilibrio entre obras religiosas, como los libros de horas, que empezaron en el siglo XIII, y laicas y estaban constituidas por códices muy valiosos, por sus

ilustraciones y caligrafía, con obras literarias e históricas francesas más algunas antiguas y extranjeras traducidas.

No había apenas obras teológicas, el fondo principal de las bibliotecas medievales, aunque sí alguna de piedad y devoción. Tampoco faltaban las de medicina y astrología. Estaban destinadas, como puede advertirse, a entretener e ilustrar a sus dueños.

Es natural que los libros lujosos, como las joyas y las pieles, atrajeran a las mujeres, y así hay reinas, como Juana d'Evreux, Juana de Borgoña, Blanca de Navarra, o infantas como Yolanda, la hija de Carlos VII, o condesas como la de Montpensier, o duquesas como Margarita de York, que reunieron numerosos libros y sintieron predilección especial por los ejemplares lujosos.

Un caso sobresaliente de biblioteca lujosa es la formada por los duques de Borgoña, que gobernaban Borgoña y el Franco Condado en el levante francés, y Flandes y los Países Bajos en el noroeste durante el siglo xv. Cuando murió (1419) Juan Sin Miedo, segundo duque de Borgoña, en el palacio ducal de Dijon había 254 volúmenes, 67 en la capilla para el servicio religioso y el resto era una buena representación de la literatura francesa de la época y estaba destinado a la satisfacción de los duques y sus familiares. Entre ellos había algunas obras de gran mérito por sus ilustraciones, como *Les très riches heures de Jean de France, duc de Berry* y las *Leges palatinae* (1337) de la Corte de Mallorca.

Su hijo y sucesor, Felipe el Bueno (1419-1467), aumentó la colección recurriendo a la compra, a donativos o a copia de libros, pero en los últimos veinte años de su vida prefirió libros nuevos, tanto composiciones originales como traducciones del latín, de otras lenguas o adaptaciones en prosa y en francés más inteligible de poemas medievales. El duque gustaba de escuchar un rato todos los días la lectura en voz alta de obras de estas clases. Aquellas que le resultaban de especial agrado, ordenaba que fueran copiadas cuidadosamente sobre pergamino con la bella letra gótica usual en la corte y después ilustradas por los grandes artistas que vivían en sus dominios.

La colección, pues, seguía estando destinada exclusivamente a satisfacer los gustos del duque y de sus familiares. Aparte de los

obligados breviarios y libros de horas, abundaban los libros religiosos, como la *Leyenda dorada*, de Jacobo de la Voragine o la *Vida de Cristo*, de Landolfo de Sajonia, el Cartujano; vidas de santos y de la Virgen; historias antiguas de Jasón y Medea o de la guerra de Troya; crónicas de Francia, Inglaterra y Flandés, o literatura caballeresca. De los clásicos sólo poseía *Ars amandi*, de Ovidio.

No parece que hubiera una sala destinada a conservar los libros. Debían de estar repartidos en los diversos palacios (Bruselas, Gante y Brujas, principalmente), guardados en armarios o arcas y al cuidado de la misma persona que vigilaba las joyas, es decir, no había tampoco bibliotecario. Cuando murió, sumaban 876 los libros, generalmente encuadernados en piel de varios colores. Pero la fama de la colección no provenía del número, con ser elevado para aquellos tiempos, sino de su esmerada ejecución.

Su hijo Carlos el Atrevido murió diez años después que su padre y la herencia pasó a la casa de Habsburgo, por estar casada su hija María de Borgoña con Maximiliano, el que después fue emperador y abuelo de Carlos V, y se dispersaron tanto los libros que había incorporado Carlos como los heredados por él.

Felipe II, en el siglo xvi, ordenó que todos los libros que se pudieron encontrar se reunieran en un lugar en Bruselas y se constituyera una biblioteca real para su satisfacción y para la de sus herederos, con ellos y con otros que habían aportado las regentes Margarita de Austria y María, la viuda de Luis II de Hungría, que trajo algún ejemplar valioso de la biblioteca de Matías Corvino. Felipe II quiso incrementarla mediante una especie de depósito legal, ordenando en 1594 que los impresores entregaran dos ejemplares encuadernados y con el escudo real estampado de todo lo que imprimieran, uno para esta biblioteca y otro para la de El Escorial.

Muerto Felipe II, la biblioteca decayó y a finales del siglo xvii tenía 128 volúmenes menos. Al iniciarse el xviii un incendio destruyó muchos manuscritos y las tropas francesas cuando ocuparon Bruselas en 1746 se llevaron a París 188 manuscritos valiosos, de los que el conde Cobenzl, ministro plenipotenciario de la emperatriz austriaca María Teresa, pudo recuperar ochenta y un tercio de siglo más tarde.

El conde creó una Sociedad Literaria de los Países Bajos,

antecesora de la Academia Belga, a la que confió la creación de una biblioteca pública con los libros que pudo recuperar de la biblioteca antigua. La idea suscitó el entusiasmo de muchos y afluyeron generosos donativos, pero la biblioteca no despertó interés general porque la mayoría de los libros estaban en latín y su valor residía en su carácter de joyas bibliográficas más que en la actualidad de su contenido.

Por cierto que cuando en 1773 fue disuelta la Compañía de Jesús e incautados sus libros, se le presentó a la Biblioteca Real un grave problema de espacio para recibirlos, que fue resuelto, según se cuenta, colocando los libros útiles en estanterías en el centro de las salas y dejando los que no interesaban en el suelo para que los ratones satisficieran su hambre con éstos y no atacaran a los valiosos.

Durante la Revolución Francesa, buen número de manuscritos y valiosos impresos fueron trasladados (1794) a París. Los franceses, además, dividieron la biblioteca en dos, una formada por los libros impresos, que fueron entregados a la ciudad de Bruselas, y otra con los manuscritos, que constituyó la Biblioteca de Borgoña. En este período, en el que la Biblioteca contó con un notable bibliotecario de origen español, La Serna Santander, la colección se enriqueció con los libros de las órdenes religiosas suprimidas.

Después de Waterloo volvieron los libros a Bruselas, pero continuó la separación de las bibliotecas, aunque con un solo bibliotecario, el gran bibliófilo Charles van Hulthem, dueño de una gran biblioteca privada. En 1837, poco después de la independencia de Bélgica, se creó la Biblioteca Nacional a base de la Biblioteca de la ciudad de Bruselas, que tenía 100.000 volúmenes y más de 3.000 manuscritos, de la Biblioteca de Borgoña y de la biblioteca privada de Van Hulthem, con 64.000 volúmenes. En la actualidad, instalada en un moderno edificio inaugurado en 1969 y dedicado al rey Alberto I, cuyo nombre lleva la biblioteca, posee más de tres millones de impresos y 33.000 manuscritos, entre ellos 231 que pertenecieron a Felipe el Bueno.

Otras bibliotecas europeas

En Inglaterra los miembros de la casa de Lancaster se mostraron aficionados a los libros, desde su primer rey, Enrique IV, que gustaba del trato de los hombres de letras y fue amigo de Chaucer. Alumno de la universidad de París, era capaz de expresarse además de en inglés, en francés, español y latín. Dio a sus hijos una buena educación literaria y creó en ellos el sentimiento de la bibliofilia.

El mayor y su sucesor, Enrique V, fue un gran lector, que continuamente pedía en préstamo libros a diversas bibliotecas, de cuya devolución a veces se olvidaba. El más pequeño, Humphrey, duque de Gloucester, cedió, como hemos indicado, sus libros a la biblioteca de Oxford, de la que fue un gran benefactor. Intervino activamente en la política y se mostró más partidario de la utilización de la inteligencia que de las armas. Asistió, como representante del rey, su hermano, al Concilio de Constanza, donde tuvo ocasión de tratar a grandes hombres de letras del Renacimiento italiano. Era lector de Dante, Petrarca y Boccaccio, cuya obra *De casibus virorum illustriorum* mandó traducir y encargó, además, a humanistas italianos la traducción al latín de obras griegas como la *Política* de Aristóteles y la *República* de Platón.

Otro de los hermanos fue Juan, duque de Bedford, que encargó y adquirió bellos manuscritos, y compró la mejor biblioteca que hasta entonces se había formado en Francia, la del rey Carlos V. Terminando el siglo, otro rey inglés, Eduardo IV, gustó mucho de los manuscritos bellamente decorados y prefirió a los textos científicos o filosóficos, los de entretenimiento o espiritualidad religiosa. Fue, además, protector del primer impresor inglés, William Caxton.

Durante el Renacimiento hubo en Alemania bibliotecas privadas de humanistas, la más destacada de todas es la Beato Renano (1485-1547), que hoy se conserva en su ciudad de Selenat. Otros humanistas con bibliotecas notables fueron Nicolas de Cusa y Konrad Peutinger.

También los príncipes crearon notables bibliotecas tanto por interés por el saber como por el prestigio que confería una

biblioteca con valiosos manuscritos antiguos. Quizá la más notable de todas fue la que formaron los electores del Palatino en Heidelberg, llamada Palatina, cuyos libros han tenido una historia accidentada a partir de la Guerra de los Treinta Años. También destacó la formada por Federico el Sabio, elector de Sajonia, en Wittenberg.

Estas bibliotecas estuvieron abiertas a las personas que precisaban consultar sus libros y obtenían la autorización correspondiente. También aparecieron en Alemania unas bibliotecas municipales abiertas al público, naturalmente a los pocos capaces de entender los libros en latín de la colección, que trataban principalmente de leyes, medicina e historia.

La mayor de las bibliotecas de la Europa central fue la del rey Matías Hunyáni, apodado Corvino (1458-90), de Hungría, sobre cuya magnitud se ha desbordado la fantasía, como sucedió con la Biblioteca de Alejandría, en parte por su excentricidad geográfica y en parte por su final. Se ha llegado a dar la cifra de 50.000 volúmenes, mas lo cierto es que su número debió de andar, en el mejor de los casos, alrededor del millar, de los que han sido identificados menos de 200.

Educado en el espíritu del Renacimiento, sentía una doble afición por las armas y por los libros. Introdujo la imprenta en Hungría, cuyo primer impreso fue una *Historia de Hungría* (*Chronicon Budense* o *Chronica Hungarorum*) escrita en el siglo XIII por Simón Kézai e impresa en Buda por Andreas Hesseu en 1473.

Fue gran lector con un obsesivo afán por coleccionar libros, afición compartida por su esposa Beatriz de Aragón, hija del rey Fernando de Nápoles, que desde los diez años leía a Cicerón y hablaba latín con soltura. La pareja se rodeó de artistas y hombres de letras italianos y contó con una treintena de calígrafos, a los que acompañaba un buen número de ilustradores y encuadernadores. Envió, además, al igual que los príncipes de su tiempo, agentes al extranjero y especialmente a Italia en búsqueda de libros.

En una sala del palacio con vistas a Buda preparó dos habitaciones bellamente decoradas, en una de las cuales colocó los libros latinos y en la otra los griegos y orientales. No se conoce su

contenido, aunque, al parecer, su valor principal residía en las ilustraciones y en la encuadernación. A su muerte, la colección corrió el desgraciado destino de otras contemporáneas: se dispersó. Algunos se llevó Beatriz a su regreso a Nápoles; otros fueron regalados o vendidos y, finalmente, los que quedaban cayeron en manos de los turcos cuando en 1526 se apoderaron de Buda.

Bibliografía del capítulo

- Cotarelo, Emilio: *Don Enrique de Villena, la vida y obras*. Madrid, 1980.
- Csapodi, C., y K. Csapodi-Gardóny: *Biblioteca Corviniana*. Shannon, 1959.
- Elsdon, James Harold: *The Library of the Counts of Benavente*. Annapolis, 1955 (copia mecanografiada).
- Fava, Domenico: *Lezioni di biblioteconomia e bibliografia, raccolte e compilate dal Dott. Giuseppe Plessi*. Bologna, 1946.
- Hobson, Anthony: *Great Libraries*. New York, 1970.
- Paz y Melia, Antonio: «Biblioteca fundada por el conde de Haro», en *RABM*, 1897-1909.
- Sánchez Cantón, Francisco Javier: *Libros, tapices y cuadros que coleccionó Isabel la Católica*. Madrid, 1950.
- : *La biblioteca del marqués del Cenete*. Madrid, 1942.
- Schiff, Mario: *La bibliothèque du Marquis de Santillane*. Paris, 1905.